

J.K. FRANKO



VIDA POR VIDA

LA LEY DEL TALIÓN 3

booket

J. K. Franko
Vida por vida
La Ley del Tali3n, 3

Traducci3n de Mar3a M. Perote



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Life for Life*

© J. K. Franko, 2020

Traducción de María M. Perote

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o escenarios es mera coincidencia

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Tony Marturano

Primera edición en Colección Booket: abril de 2023

Depósito legal: B. 5.027-2023

ISBN: 978-84-08-27084-3

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

PARTE I

Rebecca Forsyth, Islas Turcas y Caicos, 2020

En mi trabajo como terapeuta es necesario tener imaginación. Para ayudar a alguien, para meterte de verdad en su cabeza, tienes que entender de alguna forma cómo se siente. Si no has experimentado lo que le está pasando a tu paciente, debes imaginarlo.

Yo, por ejemplo, nunca he tenido un ataque de pánico. Lo cierto es que solo un 5 por ciento de las personas sufre uno a lo largo de sus vidas. Un porcentaje bastante bajo. Así que ¿cómo me puedo hacer una idea de lo que es?

Debo imaginármelo.

Por lo que me cuentan mis pacientes, un ataque de pánico recuerda bastante a la sensación de claustrofobia. Eso es algo que sí he experimentado. Lo que me pone de inmediato en situación es esa escena de *Kill Bill* en la que entierran a la heroína, Beatrix, en un ataúd bajo dos metros de tierra para que muera. ¿Conoces la sensación?

Permíteme que te la explique.

Imagina que te despiertas y abres los ojos, pero no ves nada. Está totalmente oscuro. Tanto que ni siquiera

tienes la seguridad de tener los ojos abiertos. Estás tumbado boca arriba. El aire que respiras está caliente y algo húmedo, como cuando duermes con la cabeza debajo de las sábanas.

No sabes dónde estás, pero no escuchas los ruidos que por lo general oirías en tu dormitorio. Ni el ventilador del techo ni el aire acondicionado. Todo alrededor de ti está en silencio. Amortiguado.

Intentas incorporarte y, de repente, sientes un golpe en tu cabeza al chocar con algo. Tus manos reaccionan automáticamente y se levantan, para descubrir que encima de ti hay algo seco y suave, duro e inamovible, a unos pocos centímetros de tu cuerpo. Justo encima de tu cara, tu torso y tus piernas.

Tratas de estirar los brazos a ambos lados, y notas la misma barrera a apenas unos centímetros de tus codos y hombros. Mueves las piernas, abriéndolas y levantándolas. Solo puedes elevarlas unos centímetros antes de sentir otra vez a tu alrededor algo que te mantiene encerrado.

Te pica la nariz, pero no puedes tocarte la cara para rascártela. Carraspeas y te das cuenta de que el sonido no se propaga. Está junto a ti, preso en la caja en la que te encuentras. La caja es de madera. A lo largo de todo tu cuerpo, solo hay veinte centímetros entre ella y tú. Está tan cerca que puedes olerla. Madera húmeda. También puedes oler la tierra.

Estás en una caja metida en un agujero a dos metros de profundidad. Encima de ella y también de ti, hay dos metros de tierra. Esa cantidad de tierra pesa unos mil kilos. Una tonelada.

El peso te impide abrir la caja. La tapa no se mueve. E incluso si consigues salir de ella, la tierra que hay

sobre ti caería en la caja y te asfixiaría antes de que pudieras abrirte camino hasta el exterior.

No hay salida.

No hay esperanza.

Cuando te das cuenta, tu corazón se dispara y aumenta el ritmo de la circulación. Tu respiración se acelera. Luchas por inspirar. No estás seguro de si te estás quedando ya sin oxígeno o se trata de un efecto del pánico. Puedes sentir el peso ciego y silencioso de mil kilos de tierra sobre ti aplastándote el cuerpo. Tienes las piernas rígidas, en tensión. Tu cuerpo lucha por conseguir más espacio..., por moverse, estirarse, ponerse de pie, correr. Pero estás encerrado por todos los lados. Sabes que ahí fuera, en todas partes, hay aire, libertad. Un universo de espacio abierto.

Pero no para ti.

Gritas. La caja amortigua el sonido. El único que puede oírte eres tú, y lo sabes. Y, cuando gritas, recuerdas que hay poco oxígeno en la caja. Con cada aliento, lo consumes, se transforma en CO₂.

Te vas a asfixiar. Y no hay salida.

Esa sensación de estar encerrado, de parálisis, de desesperación asfixiante, es lo que se siente en un ataque de pánico. Es como estar atrapado en un ataúd.

Mis pacientes me cuentan que se sienten como si estuvieran a punto de morir.

Cuando trato de imaginar cómo se sintió Rebecca a cuarenta metros bajo el agua con una bombona de buceo vacía en la espalda, esa es la imagen que me viene a la cabeza.

Rebecca Forsyth estaba flotando, ingrávida. Libre como un pájaro. La sensación era irreal. Y la vista, impresio-

nante. Por encima de ella, en todas direcciones, había un techo majestuoso de color azul brillante. Si miraba hacia arriba, sus ojos distinguían haces de luz solar que se elevaban bailando hasta converger en un disco redondo de firmamento blanco. Al mirar hacia abajo, el mundo se alejaba, el color azul brillante y la luz se desvanecían, y todo se volvía más oscuro. El único sonido que podía escuchar era el de su propia respiración, demasiado cercano y elevado, que intentaba controlar relajándose y respirando más despacio.

Inspira: «1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10».

Espira: «1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10».

Levantó la mano, se pellizcó la nariz y sopló con suavidad para igualar la presión de sus oídos utilizando la maniobra de Valsalva.

Rebecca disfrutaba bastante buceando. No era una buceadora experta, aunque tenía el título para inmersión en aguas abiertas y lo hacía varias veces al año. Le encantaba sentirse tan ligera. Y le gustaba explorar el océano sin tener que subir y bajar a coger aire. No se le daba bien eso de usar gafas y tubo; siempre se le llenaban de agua. Bucear con bombona era mucho mejor. Nada de subir y bajar. Pero la verdad es que no había hecho muchas inmersiones profundas.

Hoy era diferente.

Alan, su marido, la había convencido para bucear en un pecio. Un barco hundido. Era totalmente seguro. Él era un buzo con mucha experiencia. Tenía el título de instructor. Había pasado varios veranos trabajando como tal y contaba con muchas horas de buceo a su espalda. En realidad, era quien había introducido a Rebecca en el deporte.

El plan era que Rebecca y Alan siguieran el protocolo

estándar y se mantuvieran cerca el uno del otro, en pareja, por si había una emergencia. Mientras Rebecca flotaba a quince metros bajo el agua, Alan le hacía señales para que lo siguiera hacia el barco hundido, que estaba, en su parte más profunda, a cincuenta y cinco metros de profundidad. No habían planeado bajar tanto. La proa del barco estaba a unos treinta y cuatro metros.

Aunque Rebecca prefería no bucear a tanta profundidad, lo siguió de mala gana. Estaban de vacaciones y trataban de relajarse. Probaban cosas nuevas para revitalizar su matrimonio. Después de cinco años casados, habían llegado a un punto difícil. Tenían algunos problemas. Nada irreversible, te habría dicho ella.

Gran parte de sus problemas venían de la forma en que afrontaban las cosas. Rebecca era más prudente. Alan, más arriesgado. Y, claro, si ahora ella se acobardaba, eso daría lugar a que sus diferencias se acentuaran.

Comprobó la presión de su bombona y vio que, teniendo en cuenta el tiempo que llevaban sumergidos, estaba bajando algo más rápido de lo esperado. Pero sabía que estaba nerviosa por bucear a tanta profundidad y, por ello, respiraba un poco más rápido de lo normal. Levantó la mano y redujo un poco la flotabilidad de su chaleco. Después se impulsó con las piernas arqueadas para conservar el aire y la energía, y siguió a su marido hacia las profundas aguas oscuras.

Iba nadando a unos tres metros de Alan, ligeramente a su izquierda. La proa del barco se encontraba veinticinco metros por debajo y todavía no había aparecido. Rebecca aún no la veía. Tampoco veía que, además de las burbujas que se elevaban y alejaban de ella cada vez que espiraba, había otra ligera corriente de pequeñas burbujas que se arrastraba detrás de ella. El aire se es-

taba escapando de la bombona por una pequeña fuga al lado del regulador. Según descendía hacia las profundidades, la presión del agua a su alrededor se elevaba y aumentaba la velocidad con la que el aire salía de la única bombona que llevaba.

Rebecca siguió a Alan, observando la inmensidad del fondo del océano que se extendía ante ella. Su enormidad era abrumadora. Trató de concentrarse en ir al mismo ritmo que su marido y en respirar lentamente.

Inspira: «1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10».

Espira: «1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10».

Miró hacia abajo mientras continuaba nadando y siguiendo a Alan, a la espera de que pronto se vieran los restos del pecio. Mientras descendían, iban siguiendo la pendiente natural del fondo del océano frente a la costa de la isla. Distinguió montones de algas, pequeños peces y alguna langosta aquí y allá. También, varios peces león.

A Rebecca le gustaba observar a los peces. Pero su prioridad era estar atenta a los tiburones. En el Caribe habita un gran número de especies: tiburones nodriza, limón, de arrecife... En general, resultan inofensivos. Pero, de vez en cuando, también se pueden ver tiburones toro y martillo, más agresivos.

Rebecca siguió a Alan, manteniéndose cerca, aunque no podía evitar distraerse admirando el paisaje marino. De cuando en cuando se presionaba la nariz para destaponarse los oídos. Después de solo unos minutos una figura empezó a tomar forma delante de ellos. Alan extendió el brazo hacia un lado y levantó el pulgar. Era el pecio. Unos cuantos metros más allá, vio con claridad debajo de ella la silueta del barco de carga posado en el fondo del océano.

Era un día tranquilo y el agua estaba transparente. Pasados los treinta metros de profundidad, todavía había muy buena visibilidad, aunque a esa profundidad el agua filtraba la mayoría de los rojos y amarillos del espectro de colores. Todo estaba cubierto de tonos azules y verdes.

Rebecca y Alan estaban buceando cerca de la costa de Providenciales, en las Islas Turcas y Caicos. La nave sumergida era el W. E. Freighter, un barco de carga de cien toneladas hundido a propósito justo al norte de la cueva Tortuga para crear un arrecife artificial. El plan había sido que el barco se asentara en aguas poco profundas para atraer a buceadores aficionados. La mala suerte quiso que acabara a mucha más profundidad, por lo cual era necesario ser algo experto para llegar hasta él.

Una vez en la proa, Alan se detuvo y levantó de nuevo el pulgar. Rebecca respondió con el mismo gesto, indicando que estaba bien. Miró el indicador de profundidad y vio que se encontraban a treinta y cuatro metros, tal como habían leído en la guía. Alan y Rebecca habían decidido en la superficie no entrar en el barco. Siempre existía el peligro de quedar atrapado si el equipo se enganchaba en algún elemento de la nave. Y, también, de cortarse con restos de metal deteriorados del barco, que solían estar afilados. Un corte significaba sangre en el agua. Y la sangre en el agua atraía a los tiburones.

Se detuvieron un momento frente a la proa.

Al mirar a su alrededor, vieron un pequeño banco de peces que salían del barco a través de un agujero en el casco. Eran de color plata con aletas y cola amarillas, aunque el color estaba apagado por la profundidad. La mayoría medían alrededor de medio metro. Rebecca vio

que eran jureles ojones. Brillaban en el agua mientras pasaban a su lado, a menos de un metro de distancia. Alan acercó la mano y tocó a uno de ellos. El pez no pareció darse cuenta o no le importó.

Rebecca contempló un instante el banco de peces y luego su atención se dirigió a otro lugar. Al vigilar como siempre la presencia de tiburones, había vislumbrado un oscuro movimiento no muy lejos, a unos diez metros. La forma se escabulló rápidamente y desapareció en la distancia oscura y turbia. Continuó observándola mientras el pequeño banco de peces se alejaba de ellos nadando.

De repente, su visión periférica registró un movimiento rápido a su izquierda. Se concentró justo a tiempo para ver unos brillantes destellos plateados justo cuando una enorme barracuda salía disparada de la oscuridad y hundía los dientes en uno de los peces, mientras el resto del banco se dispersaba. Pequeñas manchas de sangre negra se arrastraron detrás de la barracuda cuando se alejó nadando con su presa en la boca. Después del ataque, el resto de los peces se reagruparon y continuaron como si nada hubiera sucedido.

No era la primera vez que Rebecca veía a un depredador comerse a otro pez. Nunca dejaba de sorprenderle la forma en que una escena submarina podía pasar de completamente tranquila a violenta y sangrienta, y luego regresar de nuevo a la calma previa, como si nada hubiera sucedido. Se volvió hacia Alan, que agitaba una mano, como diciendo: «¡Joder!». Ella levantó el pulgar en respuesta.

Rebecca siguió vigilando. Ahora había sangre en el agua. Y estaba nerviosa: buscaba tiburones. Mientras miraba a su alrededor, Alan se sumergió un poco más a examinar los restos del barco. Rebecca estaba a punto

de seguirlo, cuando una extraña forma en el fondo marino llamó su atención. Se le encogió el estómago y puso la mano en el cuchillo de buceo. Se quedó quieta y observó con detenimiento. Su paciencia fue recompensada.

Una roca gris de aspecto lodoso, que al parecer había estado esperando a que pasara el suceso de la barracuda, decidió que no había moros en la costa. Rebecca se quedó maravillada cuando la roca cambió de color y textura, y se transformó en un pulpo. La pequeña criatura medio se arrastró y medio nadó en dirección opuesta a la barracuda. Rebecca sonrió. Le encantaban esos extraños e inteligentes moluscos de ocho patas.

Cuando el pulpo desapareció, se dio la vuelta y vio que Alan se había alejado unos seis metros, a más profundidad, para explorar el casco del barco. Miró hacia atrás y le hizo un gesto con la mano para que fuera hacia él. Al parecer había encontrado algo interesante. Rebecca levantó el pulgar y, al empezar a moverse, echó un vistazo a su medidor de profundidad.

Todavía a treinta y cuatro metros.

Habían acordado no bajar a más cuarenta metros, que era el límite oficial para los buceadores *amateur*. Al darse cuenta de que había pasado bastante tiempo desde su última comprobación, echó también un vistazo al medidor de oxígeno.

«Rojo.»

Una garra helada de pánico estrujó el pecho de Rebecca cuando vio que la aguja se encontraba en la zona roja, entre 200 PSI¹ y 0. Casi vacío. El medidor tenía que

1. Siglas de *Pond-force per Square Inch*, medida de presión utilizada en buceo en el sistema anglosajón. (*Todas las notas son de la traductora.*)

estar mal. Tanto Alan como ella habían comprobado su bombona en el barco. Estaba llena. Y no habían buceado tanto tiempo; de hecho, no el suficiente como para usar toda una bombona llena de aire.

Golpeó el indicador con el dedo enguantado. La aguja permaneció inmóvil. Todavía seguía en la zona roja.

Con cuidado, llevó la mano hacia atrás para asegurarse de que la bombona estaba totalmente abierta. A veces, una bombona que no estaba abierta del todo producía una lectura errónea en el medidor. Giró la válvula de aire en una dirección y el flujo de aire se detuvo. Después la giró en la otra, abriendo la válvula del todo y el aire volvió a salir. Comprobó el medidor. Todavía seguía en la zona roja.

Rebecca miró hacia abajo y vio que Alan se había alejado nadando otros diez metros. Y seguía avanzando. Luchó contra el pánico y espiró lentamente: «10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1».

Después inspiró: «1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10».

Tenía dos opciones.

Una era intentar ascender. Si lo hacía, tendría que abandonar a Alan y dejarlo en peligro. Y, además, no tenía ni idea de si habría suficiente aire en la bombona para llegar a la superficie. Si no era así, tendría que hacer un «ascenso controlado de emergencia». Por el curso de buceo, recordaba lo que significaba. Posible descompresión. Posible barotrauma pulmonar, es decir, explosión de los pulmones. Y, por supuesto, podía ahogarse.

La otra opción era captar la atención de Alan y volver a la superficie usando el aire de su bombona como «fuente de aire alternativa en el ascenso».

Tenía que elegir deprisa. Dadas sus opciones, decidió intentar alcanzar a Alan. Nadó con lentitud, inten-

tando no acelerar su frecuencia cardíaca o respiratoria y conservar el aire, adentrándose más en el frío mar en busca de su marido. Mientras nadaba detrás de él, sacó de su funda el cuchillo de buceo y usó la bola de metal del puño para golpear la bombona, provocando un agudo ruido metálico con la esperanza de llamar su atención.

Alan continuaba descendiendo. Estaba demasiado lejos para oírla. Ella todavía respiraba. Todavía tenía aire.

Pero su mente comenzó a jugar en su contra. El miedo se le agarró a la garganta como un lazo que se tensa poco a poco. Según nadaba a más profundidad, el océano comenzó a colapsarse alrededor de ella. Visión de túnel. Pánico elevándose desde el estómago. Como si estuviera metida en una caja.

Atrapada.

Luchó contra el miedo, intentando mantener una respiración lenta. Se impulsaba con suavidad, trataba de llegar hasta su marido. Él tenía oxígeno. Estaba a solo diez metros de distancia.

La vida estaba a solo diez metros de distancia.

Empezó a desesperarse. A darse por vencida.

«¿Va a ser así? ¿Es así como voy a morir?»

Alan no escuchaba el tintineo continuo y cada vez más desesperadamente rápido del cuchillo contra la bombona. No se daba la vuelta. Nadaba cada vez a más profundidad y ella no podía alcanzarlo. Empezó a nadar más rápido, sabiendo que su ritmo cardíaco aumentaría. Al igual que su respiración. Tenía que alcanzarlo. Todavía estaba demasiado lejos.

Rebecca se dio impulso y respiró.

Se dio impulso y respiró.

Se dio impulso y...

Respiró, pero, a mitad de la inspiración, se tropezó con un muro: era como estar aspirando por un tubo de goma cerrado en un extremo. No había nada. No tenía aire.

Ya no pudo luchar contra el pánico. Puro pánico.

La sensación de estar encerrada, de parálisis, de desesperación total, golpeó a Rebecca Forsyth como si hubiera chocado contra un muro de ladrillos.